

Pueden pasar dos cosas

"No sé lo que me pasa, me siento angustiada, siento envidia del éxito de mis amigas, todo me sale mal". La seguidilla de quejas podía ser de una mujer joven llena de posibilidades.

"Ya no creo en nada", —continuaba—, "me han aconsejado ir a un analista, tuve una infancia muy triste y una madre sobreprotectora que me hicieron mucho mal". Podría haber una amiga que le diera la razón y le aconsejara un analista, pero podría haber una amiga que le dijera así: yo creo que en verdad eres una envidiosa y necesitas que te lo digan. Eres una haragana, y necesitas que te lo digan, te resulta cómodo echarle la culpa a otros, y necesitas que te lo digan.

La primera respuesta es muy frecuente, la segunda es poco frecuente.

Los sucesos son los de siempre, cambia la escenografía. Siempre hubo jóvenes haraganas, envidiosas y descomedidas, solo aparentemente cambian los significados, cambian las palabras con que se designan las mismas cosas.

La moda caracteriza a una época, otras cosas también. Cambian, envejecen las palabras, las expresiones idiomáticas, los gestos. Hoy la calle deja oír un torrente de palabras nuevas: frustrada, acomplejada, inhibida, traumatizada, masoquista, inmadura, sobreprotegida, anulada... y se han dejado de usar otras que andaban muy bien entre las gentes: mala, envidiosa, haragana, tonta, sinvergüenza...

Una corriente de elegantes eufemismos conforma a las gentes, nadie se ofende por que le llamen frustrada o inhibida, pero cualquiera se ofende por que le llamen inútil, envidiosa y tonta. No analicemos los significados, las sustituciones no se hacen

sobre la base de las equivalencias. Lo que vale la pena señalar es el cambio de valores y responsabilidades.

Hace 20 años podíamos tener simple y concretamente la desgracia de ser mentirosas, hoy tenemos, justificada y elegantemente, el derecho a ser excesivamente imaginativas y poseer un exceso de pensamiento mágico. En buena hora se analizan científicamente las motivaciones del comportamiento humano. Pero el peligro de una moral de la ambigüedad debe señalarse. El deseo de justificación no debe alterar el mundo de valores. Podría llevarnos al más estéril de los conformismos, a una crisis de responsabilidad individual. Estos malos pensamientos podrían terminar así:

Preguntas de un niño por nacer a sus padres:

- 1º) ¿Me esperaban ustedes? Porque sinó doy marcha atrás.
- 2º) ¿Están preparados para recibirme? Soy capaz de quedarme en esta matriz calentita y que me cuida.
- 3º) ¿Han superado todos los miedos? Porque aquí me siento muy protegido.
- 4º) ¿Han decidido sobre la cantidad de mimos que me van a prodigar? Soy capaz de preferir el líquido amniótico.
- 5º) ¿Están seguros de que no se van a separar? Sería capaz de volver a hacer el camino en algún orfanato.
- 6º) ¿Han levantado todos los pagarés? Si hay algo que no tolero son las deudas.

Pueden pasar dos cosas: 1º que esto no sea cierto; 2º que no nazcan más niños.

Alba de Vanni